



Infamante suplicio con que fué expuesto El Empecinado en una plaza del pueblo de Roa

PARA darle más próxima y cercana realidad, digo aniversario en vez de centenario, ya que aniversario es día en que se cumplen años de un suceso, y no deja de serlo por que sume cien años.

El Empecinado ha sido una figura llena de realismo simpático y macizo que se ha presentado siempre á nuestra imaginación como estatua de un bronce obscuro.

El Empecinado ha sido siempre para nosotros un espectro firme, que en vez de ser blanco, como suelen ser los espectros, estaba envuelto en esa materialidad indespreciable que es la brea ó la pez, en denso embadurnamiento bituminoso, que es azulenco en el cuajo de su negror.

Un tipo humano con suficiente heroicidad y con ese remoquete de El Empecinado es figura saliente de la novela de la vida, y se presenta en el recuerdo con el prestigio de su suprarrealidad.

Grandes goterones indelebles de pez, pecina y brea caían de la evocación de El Empecinado, cubierto por el empecinamiento de la guerra y de la testarudez en la rebeldía.

La misma imaginación se empecinaba al tratar con la figura solemne de El Empecinado, sudoroso del sudor de tinta negra que causan las proezas contra el oscurantismo enemigo y contra la suerte adversa.

El mismo, al pedir al Rey que hiciese apellido de los suyos su sobrenombre, lo que le fué concedido por Real Cédula, se dió cuenta de cómo le caracterizaba su mote de oriundo de Castrillo, pueblo del que todos los indígenas son llamados empecinados, porque á su vera pasa un río lleno de un lodo negruzco que llaman pecina.

En ese contraste de un hombre liberal contra los reaccionarios y sus calumnias, siempre el liberal adquiere un aire empecinado, de quien, aunque ha salido á la superficie de las negruras, está aún empavonado por ellas, pues ha sido como venganza

del elemento de que se desarraigó, vitriolización que no le importa lucir en su erguida figura de libertador.

El empecinado es que ha tenido que pasar difícil paso para redimirse y sobreponerse; pero no tiene que ver nada con un encenagado. La pecina ó la pez de que está untado le alquitranan, y de algún modo le curten y pertrechan en la lucha que siempre ha de sostener contra gente alevosa y renegrida hasta el alma.

El empecinado está alquitranado, como un barco que así se da mejor á la mar y siempre es superficial su empecinamiento.

Yo siempre he distinguido este carácter contrastante de El Empecinado, con aparente mal nombre y, sin embargo, enterizo de nobleza y libertad. Le ayudaba á emerger sobre el limo de la vida precisamente su fuerte impermeable empecinado.

Tanta simpatía he tenido siempre por el hazaroso y rudo general, que cuelga en mi despacho este cuadro que hoy doy á la estampa, y en que se muestra á El Empecinado en el nefasto pueblo de Roa, donde le prendió el corregidor, robándole sus cosas y conduciéndole á la cárcel por caminos de abrojos, con cojera de quien camina con un solo zapato y atado al caballo de un realista. Debió de jurar mucho en venganza el bravo guerrillero, y por eso quizá fué sacado del inmundo calabozo en que le metieron, y expuesto en una jaula á las iras é insultos de las fuerzas realistas.

El Empecinado, para que su extraña catadura se fije más en la Historia, tiene toda la injusta desgracia de los redentores. La última parte de su vida deja una honda pena que nos empecina en su empecinamiento. Se puede decir, insistiendo y jugando con palabra tan cabal, que le empecina más la desgracia.

El Empecinado no se doblega, y enarbola sus palabras de protesta con hermosa convicción. Es

un empedernido hombre libre, y lo proclama. Se yergue heroico y envuelto en el espeso legamal; sus botas de montar arrugadas, embarrizadas; todo él en el estado que deja el haber atravesado á nado y con el légamo al cuello el paso difícil en busca del enemigo.

Pero lo que acaba por hacerle más empecinado Ecce Homo es el último lance de su historia, cuando el día 19 de Agosto de 1825 ve á su infiel esposa del brazo de un oficial realista, entre el público cobarde que va á presenciar su ejecución. Es sublime de empecinamiento en ese momento la figura del humano Juan Martín, que rompe sus esposas en un supremo esfuerzo, arranca la embobada espada al jefe de la escolta, hiere á muchos de los que se le interponen; pero muere acribillado de bayonetas antes de rajar el corazón con un tajo de través á la pareja adúltera, que se había atrevido á ir de bracete para ver el suplicio.

Tan angustiosa hace la figura de El Empecinado ese golpe de tragedia, que se nos aparece más embreado por el sarcasmo del destino.

Por todo eso debemos consuelos, compensaciones, halagos y homenajes á El Empecinado en la hora de su centenario. Hay que recusar las injusticias cometidas y reponer la Justicia integérrima y regenerable.

Así como Conradino de Suavia, desde lo alto del cadalso, en que sufrió tan injusta muerte como El Empecinado, tiró un guante á la multitud y lo recogió un caballero aragonés, que juró vengar aquella muerte, vengándola, en efecto, El Empecinado arrojó á las multitudes un concepto, una enseña, una entereza que hay que reivindicar y alzar muy alto, corrigiendo los yerros del pasado y consolando á lo irreparable con la mayor comprensión de los hombres del presente y con el homenaje de su más libertado corazón.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA